

Tierra y Libertad

Numero suelto: 10 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares 2'00 ptas.
 Suscripción: España, un trimestre. 2'00
 Extranjero 3'00

VERGÜENZAS HUMANAS

La misma prensa burguesa, mercenaria, celestina indecente de las ignominias de la burguesía y del poder público, clama estos días contra el espectáculo indignante de que en Madrid hayan muerto varios pobres de hambre, y que en Murcia los obreros en grupos ataquen la propiedad obligados por la miseria, y otros hayan intentado suicidarse por igual causa.

Esa prensa cochina no se atreve a decir las verdades y llama con voz plañidera de histórica a la caridad oficial y particular, para remediar esas vergüenzas que acusan implacables a víctimas y verdugos.

No es con caridad como se cura esa llaga cancerosa que destila el pus de todas las ignominias, y que nos mancha a todos. El antídoto de ese veneno social que ulcera las entrañas del régimen burgués, ha de ser más enérgico, más activo, más violento que la caridad enfermiza e hipócrita que estampa el vilipendio de su abyección en quien la recibe, y el sello de la vileza disfrazada en quien la otorga. El revulsivo ha de ser tan fuerte como el mal, más enérgico e intenso que éste, para que cure al enfermo, si es que aun hay naturaleza en él, como se dice en lenguaje médico.

La medicina de la miseria, es la destrucción total de todas las causas que la producen. Si el cuerpo social puede resistir la medicación para su mal, sanará; si ese cuerpo social está tan gangrenado que no puede resistir los efectos de la medicina, que muera es lógico, es humano que así acontezca; al menos los que surjan después, no tendrán que temer al contagio de esa enfermedad asquerosa, y la vida les será más fácil, porque estarán más sanos.

La miseria la produce el Estado, la Ley, la Religión, la propiedad privada, las castas parasitarias y usurpadoras, la cobardía del pueblo. Pues hay que acabar con el Estado, y con la Ley, la Religión, la propiedad privada, las castas parasitarias y usurpadoras y con los cobardes del pueblo.

Los físicos, los contrahechos, los leproso, tienen derecho al amor, pero existe una poderosa razón humana que debe oponerse a ese derecho, porque lesiona la vida de la humanidad entera y es, que los físicos, los contrahechos, los leproso y los sífilíticos, engendran hijos a quienes legan el virus de sus enfermedades repugnantes, y sus hijos, en su acción prolífica, las legan a otras generaciones. La salud de la humanidad es un derecho más importante y primordial que el derecho al amor que asiste a los lisiados.

Los esclavos tienen materialmente derecho a la vida, pero la vida sin la libertad es un suplicio lleno de ignominias. La humanidad tiene derecho a la libertad, y ésta no es posible por los esclavos que se anteponen obstruyendo el

camino. Hay que aplastar a los esclavos si no quieren ser libres.

Los grandes males exigen grandes remedios, y el malestar social y económico de los pueblos, ha llegado a su máxima intensidad. Se imponen, pues, los remedios heroicos. La razón muestra un camino, que los valerosos y los sanos emprenden sin titubeos ni vacilaciones. Rusia ha emprendido ese camino y ha aplicado a sus males el remedio heroico de una revolución social formidable. Se impone la adopción de las medidas adoptadas por el pueblo ruso.

No podemos seguir en la atonía de una lucha de resistencia pasiva, en la que siempre aguardamos ser atacados para responder. ¿Es que no nos atacan bastante los burgueses, las autoridades, la policía, toda la burocracia semiburguesa, semifiscal? Si, ellos nos atacan de continuo con sus vejámenes, sus injusticias, su explotación, sus crímenes, ¿en qué forma esperamos, pues, ser atacados para contestar dignamente? Hay que invertir los términos del problema. En vez de esperar a la defensiva, emprender la ofensiva enérgica y vigorosa. La vida es de los dignos que saben vencerla en la noble altivez de su hombruna virilidad. La libertad es de los valientes que saben caminar cara al sol sin bajar la vista ante la luminosidad de sus rayos.

La revolución social se impone como el único y eficaz remedio a la profundidad de nuestros males. Es preciso que en la vorágine inmensa, en el incendio colosal se carbonice todo lo viejo, todo lo malo, todo lo ignominioso. Que de la hoguera revolucionaria, como del luminar potente de una aurora, surja el hombre dignificado, limpio de todas esas inmundas lepras morales que le permiten ver con pacífico estoicismo cómo mueren semejantes suyos de hambre en medio de las grandes urbes que rebosan del lujo insultante y canalla que abofetea el rostro de esos castrados, de esos cobardes negadores de la vida, que buscan refugio a su miseria dejándose morir o queriendo suicidarse.

Tenemos que dejar de ser piadosos compadeciendo a las víctimas de su propia cobardía. Más dignos, más nobles, más elevados hemos de ser, azotando inmisericorde el rostro de los tiranos, hasta saltar la sangre de la dignidad herida, y también las espaldas de los esclavos hasta elevarlos a la condición de hombres de que descendieron por cobardía del espíritu.

Dignos y viriles, hagamos imposible la repetición de esas vergüenzas humanas, levantando el corazón y la mente a las majestuosas regiones de la anarquía. Prendamos fuego a la mecha de la justicia revolucionaria, y de sus rojas llamas surgirá el hombre libre y nuevo del mañana, bajo el manto purificador, protector y magnánimo de la Acracia.

Si la democracia en lugar de inclinarse siempre en todos los países en favor del «sol que más calienta» hubiese cumplido, o siquiera hubiese procurado cumplir, con lo que sus hombres dijeron y dicen ser su deber; si en lugar de atenerse a la máxima: «no es igual predicar que dar trigo» se hubiese atenido a servir las aspiraciones de los desheredados aun dentro del estrecho marco de la política y con las inconveniencias del elástico «tira y afloja» del sistema social actual, se hubiese tal vez regenerado a pesar de su pecado original, pero hoy el bacilus que la devora se ha multiplicado y no hay manera de salvación.

Después de los crímenes cometidos por las repúblicas, asesinando en masa a los trabajadores en Francia y en todas las repúblicas americanas, después de las deportaciones y encarcelamientos de honrados proletarios por el solo hecho de pensar, después de las artimañas pseudo obreristas de Inglaterra y Norte América, que han dado por resultado un proletariado manso y eunuco, ensimismado en el reformismo que lo incapacita para progresar libremente, y que se ha dejado militarizar porque le han hecho creer que fabricando municiones para la matanza bélica se cumple una alta misión social, después de practicar los gobiernos de los expresados pueblos la expoliación escandalosa en los indefensos vecinos, asesinando vilmente a Casement que quiso levantar la voz en defensa de la libertad de Irlanda; después de penetrar en Méjico para la defensa de los representantes del despotismo y el latrocinio oficial, y llevar a rajatablas, abusando de la fuerza, a los campesinos mejicanos que querían conquistar la tierra para librarse de la esclavitud; después de haber, la democracia alemana, hecho el juego al Kaiser para lanzar a la guerra sus ejércitos de bárbaros; después de votar leyes excepcionales en contra de los proletarios y pensadores, o dejarlas pasar a los códigos de contrabando a espaldas del público, en todas las naciones, cual son las leyes sclerates en Francia, la de residencia en la Argentina, y otras con diversos nombres y con igual fin en Alemania, Norte América y en otras naciones democráticas; después de no conseguir, ni intentar siquiera, una sola ley que beneficie francamente al obrero, y de declarar, en fin, —por que no acabaríamos nunca— una guerra monstruosa que, a prolongarse poco más, se tragará a la Humanidad entera, y que de todos modos condena a la más negra miseria y por muchos años a los supervivientes o a su mejor y mayor parte, después de todo esto, ¿qué crédito ni que seriedad nos va a merecer la democracia? ¿Qué confianza pueden los pueblos tener en ella? Nosotros, por nuestra parte, declaramos que ninguna. Y aun añadimos, que no esperamos de los demócratas españoles, de esos que hacen propaganda bélica, nada más que un timo al pueblo en su colaboración a la tarea de libertar a los presos por cuestiones políticas y sociales, que nosotros no abandonaremos aun que la democracia imperante nos encierre a todos, pues sin la presión del proletariado organizado, esos demócratas saldrían del paso con una amnistía capada, o con un indulto que sacara de las cárceles a unos pocos, dejando a la gran mayoría en las ergástulas. Y esto que decimos, parece que se está preparando, según confesión de Lerroux al periodista Miguel Sarmiento.

Y ¿a qué seguir? Una democracia que aguende el Rhin se empuerca, insultando cobardemente a los revolucionarios rusos, diciendo que están vendidos al Kaiser, y allende el propio Rhin, persigue a muerte con la más infame delación a los huelguistas alemanes y austrohúngaros que proclaman la paz, una democracia así es capaz de todo, menos de hacer efectivas las restringidas libertades que caben dentro del marco democrático.

Y como en toda su historia no ha hecho otra cosa que engañar al pueblo, al igual que el cristianismo y que todas las doctrinas que no han sabido poner en línea recta pensamiento, palabra y acción, tiene ya pregonada su muerte y le tocará desaparecer en breve, arrollada por la revolución social en marcha.

RAMÓN VAQUER

Delincuentes honrados

En nuestro concepto, delito no es sinónimo de maldad, y puede ser una acción mala, buena o sublime.

Los que arrancan un esclavo a la muerte o a las torturas que manda o autoriza su amo.

Los que arrebatan al fanatismo religioso la víctima que conduce al tormento o a la hoguera.

Los que salvan a un hombre honrado e inocente que un poder injusto, cruel y suspirar va a inmolarse.

Estos y otros semejantes son delincuentes, no culpables; son beneméritos, y malhechor el que los combate y verdugo el que los sacrifica.

Cuando el delincuente no es culpable, ya se comprende que puede tener derecho

a rebelarse contra la ley y el tirano que desconoce y pisa esos derechos que pue- en llamarse esenciales. La vida, la libertad, la hacienda, la honra, todo está a merced de la crueldad, de la rapacidad, de la lujuria del déspota y de sus satélites. Por esta horrenda ignominia han pasado todos los pueblos; en ella viven muchos todavía, y no están lejos de nosotros que podamos mirarla con la indiferencia que inspiran las cosas remotas. Fernando VII, de execrable y execrada memoria, aun era señor de vidas y haciendas, y no fué teórico su señorío: lo practicaba confiscando bienes y ahorcando inocentes.

Cuando el poder imperante es cruel y

rapaz, y están a merced suya la vida, la hacienda y el honor, y no hay ley que la contenga, o si existe, la pisa, entonces los que se rebelan contra él son delincuentes honrados.

Otra condición necesitan para serlo, y es que el poder opresor no se deje discutir, que la propaganda de la justicia se persiga y que la única protesta posible sea la protesta armada.

Debe tenerse en cuenta esto para no juzgar mal a los rebeldes de otras épocas ni a los de la nuestra, en países en que los abusos del Poder son inhumanos y no hay más que la fuerza para combatirlos.

CONCEPCIÓN ARENAL

Campaña nacional del proletariado

Por la libertad de los presos

Al fin, después de mucho tiempo de prolongarse la campaña pro amnistía por todos los ámbitos de la nación, cuando ya, agotados todos los medios legales, los organismos obreros han amenazado con salirse de esa legalidad, a lo que obliga el Gobierno con su insensata actitud de indiferencia y cuando ya esa amenaza se ha hecho inminente por los acuerdos de la Federación de mineros de Asturias y por la asamblea de delegados de las Sociedades obreras de Cataluña efectuada en Sabadell, al fin el Gobierno, movido por esta actitud decidida del proletariado español, se ha dignado decir algo con referencia a esta formidable campaña de liberación y de justicia, y ha manifestado su propósito de presentar a las nuevas Cortes que han de constituirse, un proyecto de ley de amnistía para los presos por delitos político-sociales.

Pero esto no puede satisfacer a la opinión popular, cuyos anhelos vehementes son de que la amnistía sea efectuada inmediatamente y sin más demora, pues la reparación de las injusticias no tiene espera, como no la tiene la necesidad de las familias cuyo sostén les falta por habérselo arrebatado los gobernantes, encerrándolo en las prisiones en venganza innoble, por haberse erguido en protesta viril contra los ladrones de su pan y de su libertad.

No tiene espera la amnistía, como no la tienen tampoco los seis mil ferroviarios injustamente despedidos; como no la tienen los innumerables mineros arrojados también injusta e inhumanamente del trabajo por haber ejercido un derecho legítimo y natural, ocasionando todo ello una mayor perturbación en la vida nacional en lo que afecta a los transportes, con su irregularidad y continuos choques y descarrilamientos que causan muchas víctimas con pérdida de vidas humanas.

La amnistía no tiene espera, como no la tiene cuando dejamos dicho y mucho más que no nos paramos a desmenuzar ahora y que está incluido en los abusos de la burguesía acaparadora y propietaria, ori-

gen principal de todos los conflictos que han traído por consecuencia lógica protestas colectivas y airadas, cada vez más extensas, como la de agosto último, por haberse los gobernantes opuesto sistemáticamente a las justas reivindicaciones reclamadas por el pueblo desposeído y vejado.

El Gobierno ha prometido ya la amnistía ante la avalancha de opinión que le ha venido encima y después de la actitud decidida del proletariado organizado de volver a reproducir la huelga general con todas sus consecuencias, a persistir la muda negativa de los gobernantes.

Por esto ha hablado ya el Gobierno, pero lo ha hecho de una manera imprecisa, dando largas al cumplimiento de la promulgación de una amnistía, hasta para después de constituidas las nuevas Cortes, lo que implica prolongar por unos meses más el cautiverio de muchos hombres honrados en las ergástulas y la miseria en los hogares de sus familias.

¿Y para qué tal demora? ¿Es por maldad? ¿Es por orgullo mal entendido? Mucho de esto hay; pero otra cosa más inmoral todavía es lo que motiva la prolongación del martirio de los presos por cuya liberación se agita otra vez el proletariado militante de España. Es valerse, aprovecharse de sus propias víctimas encarceladas para hacer de ellas una plataforma electoral desde la cual el Gobierno vocee su magnanimidad con motivo de la prometida amnistía, en las próximas elecciones para diputados a Cortes.

Y ante esto, ¿qué harán los diversos elementos que actualmente llevan la campaña pro amnistía? Por lo que se refiere a los partidos políticos llamados «izquierdas», no cabe duda que esta demora en concederse la amnistía les es más conveniente que al mismo Gobierno y por la misma razón electoral, puesto que ya ahora mismo estos políticos están preparando esta plataforma en los mítines pro amnistía que efectúan.

Prueba de esto son los que hasta ahora

DOCTRINAS QUE MUEREN

LA DEMOCRACIA

¿Qué es democracia? Una forma de gobierno en que la universalidad de los ciudadanos ejerce la soberanía directamente o por medio de delegados amovibles y responsables en beneficio de todos.

He aquí su etimología. ¿Han procurado hacer nunca efectiva esta definición etimológica los primates de la democracia? No; aunque parezca que sí a simple vista. Dremos porque:

Hemos dicho que democracia significa gobierno por el pueblo mismo; pues bien, los que así mismos se llaman maestros en demócratismo, son los primeros que, lejos de enseñar al pueblo la verdadera democracia, que significa conocimiento de todos los problemas políticos, sociales y culturales que deben debatirse en un país o en todos los países, esto es, los conocimientos para gobernarse así mismo, hacen todo lo contrario. No hacen más que practicar el exoterismo haciéndole ver al pueblo lo que les conviene a ellos y a sus amos—pues estos también tienen amos—y brujan en las altas esferas, haciendo pactos inconfesables e indecentes con los autócratas, con los mismos que ellos anatematizan en el mitin o en el periódico, y de esta rastrea conducta se desprende la primera fase del descrédito democrático.

Pero hemos de declarar con respecto al descrédito de la democracia, que nos importa todo ello un bledo. No somos demócratas, nunca lo hemos sido, y, ni aunque quisiéramos, podríamos serlo, porque no llegaríamos a tiempo a juzgar por la orientación del proletariado mundial que va recto al socialismo anarquista. La democracia morirá sin haber siquiera vivido. Y morirá porque es un estorbo, y todo lo que estorba, la evolución y el sentido co-

mún se encargan de apartarlo de la vía del progreso.

Desde el momento que en 1789, cuando la gran revolución francesa, los vivos de aquella época, se apoderan del poder público en beneficio propio, traicionando a los obreros y a los campesinos, dándoles en cambio para acallarlos la «declaración» de los derechos del hombre y del ciudadano, integrada por diez y siete considerandos que se dan de puñetazos unos con los otros, dejando subsistente el derecho de propiedad que según la «Asamblea Nacional» revolucionaria de la fecha, esto es, la Asamblea de los vivos, es sagrado e invulnerable, declarando al propio tiempo, que los hombres nacen libres e iguales, haciendo una amalgama indecorosa de negaciones y afirmaciones del Derecho, desde entonces la democracia lleva en su cuerpo el bacilus destructor que la ha venido royendo y la roe, y que a pesar de los tópicos que sus terapeúticos le aplican, está condenada a muerte.

Desde el momento, repetimos, en que se vició en las gradas del privilegio, haciendo el juego a los poderosos, y olvidó por completo las reivindicaciones proletarias, siguiendo la misma marcha que los gobiernos despóticos y bebiendo, sus hombres, en las mismas fuentes filosóficas que sus antecesores magnates, con insignificantes variaciones, por donde han resultado plagiarlos de aquellos despotas, desde entonces la democracia no hizo otra cosa que asestarle puñaladas de muerte.

Fijaros, sino, en la religiosidad que practican la idolatría sus partidarios. ¿Qué son las procesiones cívicas, los recibimientos a los jefes, los banquetes, la aparatosisdad con que celebran sus reuniones públicas o privadas, la superioridad que conceden los correligionarios a los primates que consideran seminfalibles, más que actos de idolatría? Y cuando no idolatría es hipocresía; el efecto pedagógico para el espectador es el mismo.

LA «MENEGILDA» DEL ESTADO Y DEL CAPITAL



¡Para todo servicio!